

LIBROS

Octavio Paz: Viaje alrededor de sí mismo

La obra de Octavio Paz se nos muestra como un todo recurrente. Cada texto fragmentario, sea ensayo o creación, entra en correlación de sentidos con el resto, con cada elemento más, con la totalidad. Toda su obra viene concebida, y aparece de hecho como un sistema de correspondencias. Y por si esto que salta a la vista del lector no bastara, y para agudizar la unidad finalmente obsesiva, se ve cruzada por temas constantes, «leit-motivs» que se repiten, preocupaciones que vuelven una y otra vez, hasta configurar, por pura machaconería y convencimiento, toda una forma de ver el mundo y la literatura, toda una personalidad singular que se enfrenta con escritos propios y ajenos, y que, inexorablemente, los juzga. En el monumento unitario de la obra de Paz descubrimos las huellas de un surrealismo confesado —al que falta, excepto en algunos poemas mayores y ciertas apologías, el encandilamiento apasionado de los hombres de Breton, y al que sobra, avatares del magisterio poético, cierto tono doctrinal que persigue el razonamiento que acaba con el desenfadado mágico que caracterizó, hasta en los momentos más «serios», el marchar de su escuela. Encontramos las también confesadas aficiones —más que afinidades— con las corrientes ocultas y mágicas, con los aires festivos de la mejor literatura erótica y clandestina. Y tropezamos,

por fin, con la locura, una locura racional y vista, esta vez, «a la distancia focal de». Porque el surrealismo de Octavio Paz se entrecruza con otra suerte de nihilismo, desemboca en despasionamiento matemático, infinitamente más bebido de las fuentes doloridas de Borges. Paz cambia el talante surrealista por la paciencia alquímica... y entonces, en vez de leer las prosas increíbles poemas de «Aguila o sol», tenemos los libros que nos ocupan hoy, libros racionales y sobre el razonamiento, reflexivos, sobre sí mismos y todo lo mortal: **Los hijos del Limo** (1) y **El mono gramático** (2).

Los hijos del Limo es un análisis que pretende ser exhaustivo, de ese fenómeno inquietante que es la poesía mo-

derna. Rondando la metafísica, el razonamiento de Paz busca las constantes en lo que aparecen como cambios, penetra y persigue los sentidos últimos de esos dos vertientes de su análisis que son poesía y modernidad. La primera, desde el romanticismo, será la verdadera comprensión íntima del mundo, la «religión secreta de nuestros días», escindida por la apuesta doble y doble tentación: entre la religión y la revolución. En conversación constante —puntualiza Octavio Paz— «con y contra las revoluciones». A la busca de los ritmos secretos del universo, de la revelación de las cosas en sí —valga la extrapolación—. La segunda, la modernidad, como instauración de esa carrera de locos, de esa nueva tradición que es la ruptura de la tradición. Ruptura en la que cabe el rescate de lo exótico, de las tradiciones malditas, de las escuelas libertinas, textos

ocultistas, mundos de magia y brujería. La instauración, en suma, de la heterodoxia como tradición.

Mientras, subyaciendo en la preocupación íntima del hombre de todas las edades, la conciencia de la existencia de los contrarios, el exorcismo del tiempo, el enfrentamiento entre los pares monstruosos y contradictorios: muerte (irremediable) y yo, vida y tiempo, ser y cambio. «Todas las ideologías modernas —dice Paz— han tratado de salvar la contradicción y sólo la poesía lo ha conseguido». Y en lo primero se equivoca Octavio Paz: efectivamente, los temas se enlazan en el tiempo, y las preocupaciones humanas parecen repetirse a la vista de nuestra lectura actual. «Pero cada ideología —como aseguraba Althusser— supone un cambio esencial, precisamente, en la problemática, en el ámbito de los problemas que se propone resolver». La dialéctica —por poner el

ejemplo que pone Paz—, la filosofía marxista, centra su problemática en los mundos del conocimiento y la transformación de la realidad, y no trata de explicar el paso del tiempo, o contestar a la noción cristiana de eternidad: simplemente, lo saca de su horizonte problemático, lo sitúa como un mito histórico lo «quita de su cabeza» y deja al hombre en la necesaria soledad de los «insolubilia», a la espera de una cultura nueva que le permita la deseada conformidad con el tiempo y la naturaleza. Conformidad maldita y difícil, que, y esta vez sí que tiene razón Octavio Paz, la poesía localiza en toda su crudeza dolorida: por un lado, en el rítmico caminar del mundo y la materia, donde los objetos son metáforas de otros, donde las cosas establecen constante y muda conversación. Por otro, en la conciencia solitaria del hombre respecto a su propia muerte, respecto a una finitud sin

salida. Al descubrimiento de lo primero llama Paz «analogía». A la muestra del segundo, «ironía». Analogía e ironía son las dos vertientes de la poesía moderna, la explicación de su revuelta, de los tonos desesperados de sus textos, de su vocación de ruptura, de su lucha, abierta y sin cuartel, contra la moral occidental y cristiana. Son, además, la llave que abre la recuperación de tanto «heterodoxo», desde el Sade, mil veces bendecido, hasta los textos del Rosacruz. Y explican, en la lección magistral de Octavio Paz, sobre el campo virgen del ritmo poético, los cambios que romanticismo, modernismo, simbolismo y poesía vanguardista infligieron a esa unidad estructural del poema que es el verso.

Analogía e ironía se hacen funcionales en **El mono gramático**, el otro libro de Octavio Paz que comentamos hoy. Dos líneas textuales, dos caminos, van a converger en la única lectura del libro de Paz: el primero, el largo camino al templo de Galta que el poeta recorre de la mano de su Virgilio heterodoxo, «Esplendor», la mujer bella y mágica de la cábala, divisible —pues es mágica— entre las nueve circunstancias y los nueve deseos, que recupera su unidad y su belleza rotunda y conduce al poeta por las sendas del infierno de la sabiduría: de su mano conocerá los frutos del árbol del bien y del mal, conocerá a Hanuman, el mono viajero y poeta de los Balmik —que el autor emparenta con Valmiki el sabio—, conocerá el consuelo del vacío, de la mano del eterno retorno cruel de la pobreza y del vacío místico del Nirvana. El segundo camino lo hace el poeta sin abandonar su cuarto de Cambridge, a la vera de la simbólica ventana por donde ve

